

VIDA Y MUERTE DEL FOLKLORE Y LA GASTRONOMIA EN LA SIERRA DE HUELVA

Por FEDERICO MARTIN DELGADO
Poeta de la Sierra

Mañana fría de invierno...;

El sol se filtra entre los viejos encinares, campos húmedos, arroyos crecidos. Los encinares gotean delectando su canción. Es media mañana, antigua hora de ángeles perdidos, de oraciones evaporadas. El campo, para su faena. Quieto queda el arado. Las hachas pierden su canción desangradora. A lo lejos, el porquero que «gomea» la piara, deja un viejo y roto fandango por el valle...

En la candela, entre la humeante leña de encina, un pincho de jara sostiene unos torreznos de panceta y una morcilla de matanza casera. Vino del Condado y pan moreno; queso «suda», peros y nueces. ¡Qué bella estampa!. ¡Qué poesía jamás pintada...! A la obra bien le podríamos llamar el paño, el cundío, el jato o la cabaña. Aparece el «cerdo» (no le voy a llamar marrano, ni guarro gordo, ni cochino, su nombre primitivo le da empaque y categoría, como él se merece).

Pero ya estamos en el campo serrano. Montanera, siembra, arado, tala y una blanca luz de jazmines del sur en la brega, una pureza inextinguible, un poema que sin querer, va tornándose en ancestral y empolvándose en los rincones insospechados de una serranía trasnochada y asesinada por el olvido.

Gastronomía y folklore (del inglés folk, pueblo y lore, ciencia) o folklore y gastronomía que de todo hay en la gran olla donde hierva, gran parte del acervo cultural de nuestra serranía y de las dos cosas vamos a tratar. Para ello necesitaría muchas decenas de folios, si es que en muchas decenas puede plasmarse la recopilación de nuestras vivencias, así despaciosamente voy a ir dan-

do distintas pinceladas al cuadro gastro-folklórico, que hoy tiendo a dar parte de luz y color entre arreboles de encinares y compases fandangueros de lunas y cal blanca...

Es el fandango el mayor de los hijos de nuestras tonás serranas, al menos el más popular. Es bravío y sonoro, alma de nardo lánguido, cuerpo de narciso atropellado en el espejo del Odiel o Múrtigas, que en vez de encontrar la muerte fría en la madrugada, se torna perfume de jara en flor y romeros embriagadores... pasión inútil que hierve lleno de lirismo, que vive una percepción transmitida sensorialmente con sentimiento y estética y nos deleita con el oropel fugitivo del momento interpretativo.

Dos riquezas folklóricas en nuestra Sierra: Encinasola y Almonaster la Real. Una se pierde entre la frontera de Portugal y el Reino de León, la otra, se perfuma de cal, casi en el centro serrano. Encinasola, además del fandango nos regala el arcáico baile o danza del «PANDERO» que con grandes reminiscencias portuguesas, nos muestra el son entristecido de sus cadencias, con una sonoridad oculta que llora compás y rezuma lamento que contrasta fuertemente con la luminosidad del fandango de «Flores» o con el estallido nocturno del «Zambombero» y al igual que Cumbres de San Bartolomé se señorea con el popularísimo son de «LOS QUINTOS» y ahora que nombro Cumbres de San Bartolomé, cómo olvidar su fandango actual, que aunque de corte moderno y música sin raíces, ofrece un canto devocional a la Virgen de la Aliseda...

Cumbres Mayores y sus danzantes, «lanzantes» le llama la gente del pueblo; que bello vocablo para tan arraigada danza cual saeta buscadora de otro azul y que estalla en el brillo de su color que de modo indescriptible, entre soles del Corpus, reluce eternamente y luego se tiñe de silencios para la Señora, la Virgen de La Esperanza y revuela en el tiempo como una tolvanera continuadora de sus raíces...

Desde Cumbres, a lomos de caballos, con repicar de cascotes, besado por aires fríos que desde Tentudía nos hablan de la idiosincrasia extremeña. Paisajes abruptos, brezo y tomillo, jara y adelfa con incrustaciones de madroñeras maduras. Alforja y trabuco. Manta y faca; jaca y guitarra asesinadas en las fraguas del alba, con presidios de surtidores y patios árabes. El tiempo se detiene en Hinojales.

Hinojales mece sus sueños con arrullos de tórtolas, nana de cal y rocíos, polvos de sombras, ramas que contemplan las fuentes enmudecidas por un horizonte de dioses decapitados...

Suena la gaita, canta el tambor y los crócalos. Danza de colorines y majestuoso atalaje. Comienza el toque y los serranos danzan o bailan seriamente. En sus almas está el ritmo, el compás que dan aire a sus pies, y en sus figuras son poseedores del acto, semejan a derviches o chamanes cuya inconsciencia regalan formas antropoides de un rito transformado en folklórico, aventado apenas por una brisa primitiva de su huracán secular...

Dicen que Aracena, mantel blanco donde el harapo folklórico se viste de marfil recio, tuvo un fandango y que en sus ventas en noches de brújulas locas, ardian cruces angelizadas por una sonanta, y el mosto de Los Marines o de La India, se aderezaba con jamón y chorizos de la serranía. Entonces el tono gris de la pobreza corneaba malamente el rito flamenco y Aracena citada y cantada por Estrabón, aún duerme sobre itálicas retamas tal vez acunando un sonsonete barroco que despaciosamente se deshace entre el azahar de espumas de sus riberas...

Lo demás está ahí como una azucena presa en el tupido encaje de la toponimia árabe y Aracena es acariciada por la insigne pluma de Rodrigo Caro cuando en el primer tercio del siglo XVII, sin profundizar mucho en sus arterias, nos habla de las 17 aldeas del distrito y de sus 1.000 vecinos que la componen. Describe a sus hermosas dehesas y al ganado de cerda y da merecida fama al jamón y del conocimiento que en España ya se tenía de sus inigualables productos. Otra vez rito gastronómico y folklórico. Otra vez belleza y albas sorprendidos en las cúpulas de sus ermitas. Fandango y flor. Surtidor nocturno, alquimia y amor por las almenas...

Aunque el fandango es conservado generacionalmente por el pueblo, no se hace popular, es como una sed conservada eternamente al lado de la fuente donde emergen jazmines y gargantas de voces lozanas...

Sierra es Aroche, y Aroche romana y mora, poemà de agua doliente junto al Chanza, no conserva algún vestigio folclórico, pero goza de una famosa «jotilla» de bella letra, con airosos pasos de baile, que si en nada se parece a la aragonesa, si tiene mucho que ver con la manchega, llegada a estas tierras después de la guerra de la Independencia, cuya toná sin duda trajeron los excombatientes.

Campos de Aroche, mis pupilas os contemplan quietas y mi alma sabe de latines y de huesos que crujen sin títulos de muerte; de querer olvidar tus blasones y de quien quiere hacer de tu historia el reflejo de una huella fugitiva de cal y azogue...

«Once pueblos tiene Huelva
que comienzan por la A,
ninguno con más solera
que Almonaster la Real...»

Y sigo con el fandango. Decir Almonaster, es quedarse donde el tiempo no pasa del todo, es ver el torso desnudo del manantial perdido entre idílicos horizontes de encinares, es sentir la voz citada en un aire que conmueve el inacabable chorro de su arte folklórico...

Almonaster, abanico de compases, cual eterno poema sostenido sobre su firme esqueleto, que se enreda, trasnocha y se pierde en la gloria de sus tonás.

Bravío, sonoro, recio, subyugante de verdad, compás y amor es el fandango de SANTA EULALIA en sus dos modalidades. Verso preñado de crepúscu-

los y albas claras a orillas de su río Odiel y su aprendiz, el Zancolí. Dicen que las golondrinas del término, lo roban para sus Cruces de Mayo y lo imitan. Pinares de cursis balanceos con tópicos agonizantes; voz invisible entre el jazmín y el geranio, entre el romero y la chubarba. Poemas sonoros de vientos pétreos, voz ronca del aguardiente es el fandango de los pinos. ¡Qué hermosura!.

El fandango de los pinos insinúa campos iluminados, luna en los olivares quebrados. Lucero en La Mezquita y en el cielo de viento anaranjado, el cohete se torna jinete de corta cabalgadura.

Gaita, tambor, pandereta y las voces sin posible retorno. Rumbo de adelfa. Copla en la fuente que se hace arpegio de un interminable adagio. Estrellas, rocío. Noches de abril perfumadas de aguardiente, que muere en una repentina alba acribillada por las garrochas de los nardos. Fandangos de La Fuente y del Llano o del Llano y La Fuente, que los dos se reflejan en una azulejería partida por gallos de vidrios entre escorzos de cerámicas y veletas que tremolan sabios duendes seculares. Es la lucha del cante. Aliento de azahares. Verdades de arroyos. El Venero, verdor alzado en silvestre custodia. La carretera de Cortegana, estremecimiento repentino, fandango que flota entre esmeraldas y níqueles acompañados.

Folklore. Vino. Vértigo y tesón. Trasminar de sangres en los pulsos. Camino ciego en el anochecer desesperado que muere en el Sur.

Luego en las calles de las aldeas, Almonaster improvisa un altar de ruiseñores. Copla en la sien. Trigo o retama. Martirio de cerezo hiniesto. Aleros estremecidos. Azucenas de bronce. Mantillas de barro. Enfebrecido toque sin equilibrio medido. Espontaneidad deslumbrante de limón antiguo. Las Verdades y Aguafría, doncellas de cal para unas cruces sin metáforas, versos gongorinos que descienden como la luna orfebre de yunques enloquecidos.

Cuentan que por Calabazares, (Los Llanos, como popularmente se les conoce) el mal cante se suicida antes de llegar. Su ímpetu tradicional, quiebra rejas, alza pájaros de sus gargantas y ahí está el fandango aldeano, fandango cuajado de una exquisita musicalidad y de mejores letras. Bailable por los cuatro costados. Ritmo cadente de belleza incalculable. Todos los fandangos juntos, componen un hermoso poema de amor y desamor; es como una tira y afloja de amapolas encendidas y adelfas ardientes en los cristales detenidos. Son como un fuego inimitable y decisivos cual manantiales de brisas sensitivas que constantemente golpean en la puerta del corazón enajenado.

Folklore y gastronomía. Sopas de pesos de Aroche, migas de distintas maneras; caldillos de matanzas. Salsas de cacería. Gazpacho con morcillas «rosquillúas». Sabor siempre vivo en las trillas, tocino de la chanca. Merienda de albillos, mosto y presas en la brasa. Alcuza de cortijillos y molinos. Pan de la torva. Manjares indolentes que sofocaban calenturas. La bodega con tinajas nunca vacías. Aceite, queso, paletillas, tomates embotellados, orzas de manteca y miel. Orégano y poleo. Tila y malvavisco. Aroma que te enreda y apresaa

en su mordiente silencio.

El zaguán, nítido escaparate ancestral, pregona sus melones y membrillos colgados del techo. Granadas de elocuentes rubíes. Tomates de «to el año». Estampa asesinada por la evolución. En el doblao, sobre la paja, peros, nueces, bellotas dulces, melones gordos. Todo se vuelve poema de verano en otoño. Todo nos regala el entendimiento cultural del pueblo serrano. Muchas cosas se me han de quedar en el tintero, pues como ya dije al principio, es imposible recopilar tanto ancestro, pero no voy a olvidar nuestros dulces caseros; pestiños con miel y rosas, como las que hace Ceferina en Aguafría, cuando las fiestas típicas se acercan.

Piñonate de Alájar o de Linares, que sin morir en abril o mayo, caminan despertando el gozo del poema. Roscos, tortas de manteca, gañotes y buñuelos con miel, ofertorio de los casamientos y bautizos. Sabores que a veces levanta su herido vuelo por un aire que huele a nostalgia.

Hondo, sencillo, elocuente es el aguardiente. Tan delicioso néctar debió de llegar a La Sierra através de las minas. Primero Alosno y luego Zalamea nos transmitirían tan importante legado de Roma. Elixir en forma de queja, utilizado en Roma como limpiador del mal olor bucodental, en el siglo VIII pasa a las Islas Baleares, para que el gran esotérico y enigmático personaje de Raimundo Lúlio lo introdujese en la península cuando corrían los años del siglo X.

Ahí tenemos Cortegana, Higuera de la Sierra y Almonaster en su estación, regalándonos al paladar, pues una «manguara» (miel blanca de alhelies desangrados) al pasar por la garganta, es como si penetrase en nuestra alma todo el sabor ancestral de la vieja Andalucía.

¡Ay aguardiente, tan romero
y serrano...!

También en los pesos, cuando el pilón va cantando arrobas y libras el aguardiente con nueces e higos pasados tiene gran arraigo popular. El aguardiente tiene tanta fuerza, que es capaz de alterar el compás y el tiempo envolviéndolo de un mágico manto de quejas deshabitadas...

Y sigo este caminar por la Sierra con mi carga de fandangos y mis platos típicos. Ahora entraré en el laberinto de cantar al cerdo y sus derivados como máximo exponente de nuestro ancestro culinario; pues la matanza lleva toda la carga ritual que se le quiera dar y que de derecho se merece, de ahí que nuestros cerdos juntos con el caballo y el toro, forme la gran trilogía cinegética de nuestra península ibérica.

La matanza familiar congrega a muchas personas que atraídas tal vez por su exquisitez hacen un cantar bello a tal ceremonia.

Ollas, calderos, cuchillos, orzas, chairas, pimientos colorados, lebrillos y la mayestática estampa de la encina que transforma el aroma en calor. Acto viril sin salmos que traspasen la piel. Boca hambrienta o alma condenada. Rosa de los vientos tronchada por el destino. Arcano silencio prolongado en las

bodegas, bellotas redimidas por el jamón. Singladura sin madurar que se hace furia contenida en el denso paladar, o poema inalcanzable de llaga altiva...

Silencio oscuro. Cósmico sol envolviendo el latido irrepetible y la chanca. Manjar divinizado el jamón...lumbre para un poema de agua y azul que al leerlo quema y el nombre se hace Dios:

¡JABUGO...!

Líquidos rumores caen de la sinrazón del ser...

¡JABUGO otra vez...!

Fuente que no cancela sus sonidos y cada vez más abre el interior de su morada y un verde compás busca éxtasis de gentes acrisoladas en una misma tradición...

Más folklore. Mientras las mujeres ataban los chorizos y morcillas succulentas que tan bien piropeará Góngora, calle arriba van «Los quintos», guitarra y triángulos. Resplandor de una duda como canciones eternizadas. El son se multiplica, las botellas se vacían y surge el fandango. Alosno o Almonaster, aldeano o cané...

De las chimeneas, el humo asimila a bailarinas que desnudas mueven sus caderas. Es el viento del norte que retuerce sus gasas...

Cruje la chopera lejana. Una incesante desolación se siente por la ribera. Música de serranía; luz entre la miel y la rosa.

Vuelve la esquina de la algarabía. El bar. Sillas de enea, veladores quemados por cigarrillos muertos. Compás de los dedos y el eterno rumor que no cesa...

Retrocedo en el sueño. Edad Media. Andalucía depositaria de viejas tradiciones de la Bética Romana... reminiscencias árabes, visigóticas, judías con residuos de antiguas danzas. Faltan documentos. Lo auténtico es imposible de probar. Palaciego y religioso musical del siglo XIII. Lo hispano-árabe se incorpora al caudal folklórico popular.

Son acaso reminiscencias coreográficas-flamenco-folklóricas de puro sello musulmán o indudables semejanzas externas con mucha amalgama oriental y norteafricano (así las melodías paquistaníes en urdú o la kadria zidane de Argelia). Estas semejanzas abonan la teoría según la cual difundándose a través del Irán, una corriente de música popular oriental pasó al norte de Africa y con la civilización árabe al sur de España.

Existe algo inexplicablemente desconcertante, es algo como una embriaguez sin alcohol y sin visos románticos, recibe el hombre de «EL TARAB» y anda unido al misterioso fenómeno del folklore de nuestros días que se llama «DUENDE»...

Otra vez el cante, tremolación de alondras y oropéndolas; ese cante se hace expresión directa de la angustia universal de la muerte, de la alegría del ser...

TARAB, duende... legado del arte del pueblo del Al-Andalus a la gente del Islam español sobre la que pesa muchísimas hipótesis; pero tal vez, al cantor o al danzante, alguien desde el otro lado del tiempo le envíe un mensaje.

Aquí la danza. El fandango puro y su árbol genealógico. Heredero de los cantes básicos, tonás, seguiriyas, soleares y tangos. No hay voz que convierta el agua en vino. Livianas, serranas, polo, caña, romance, saeta, bulerías, cantinas. Vieja voz de nardo estrenado. Cantes derivados del fandango andaluz: fandangos, malagueñas, tarantas, mineras, cartageneras, granadinas, etc.,... y el último apartado, que reza en los empolvados cánones del flamenco y se refiere al cante procedente del folklóre andaluz, no flamenco, del de otras regiones españolas e hispanoamericanas.

La historia canta su lamento. Inventos convencionales. Vereas sin yerba. Perfiles de sonos inventados y al fin lo enigmático y lo latente, la garganta desgarrada y el «quejío» interminable...

Así arrebujado en lo incierto de la historia voy a terminar mi relato loan-do a la diosa Cibeles por coronarse con ramas de encinas en agradecimiento al bien que los cerdos llevaban a su pueblo y por otra parte, la folklórica, también he de recordarla ya que uno de los principales instrumentos de nuestro ancestro, el tambor y la gaita, le unen a este relato.

Cuando la diosa desembarca en Ostia para recibir el culto de Roma, en la comitiva, como anuncio le precede un joven que tañe tambor y gaita, así al menos lo demuestra Mantegna el pintor renacentista. Cibeles. Tambor y gaita, danza de la tórtola, sortilegio perdido en la oscuridad. Reminiscencias de Astarté y su versión cartaginesa de Tanit. Astarté hermana gemela de Samas (Dios del Sol) era diosa de la aurora y el crepúsculo...

Alba, gaita, o alborá como por aquí se dice. Tambor para la danza. Romerías, cruces, parangón religioso del caminar oculto de un pueblo de la vieja serranía. Sonatas y volantes. Brazos que se elevan y compás que pisa la arena. Banderillas de nardos y jazmines... Atuendos de serrana, con influencias leonesas, cuerpo erguido del Al-Andalus sin descubrir. Misteriosas Terpsícores que en escenarios de orillas y encinas con romero bailan y como decía Rilke, «llama que se eleva». Tarab, duende, misterio... coplas y tonás. Piropos, arcanos cargados de graves significados protectores y virtuales-religiosos acentos.

Otra vez la primavera. La hermosura de lo desconocido se torna manantial sin salida. La voz y el cuchillo para segar ilustres jaramagos que cubren las tumbas de los tejados. Alhelies de piedra... Llanto de los ríos, trigo sin limpiar. «Vida y muerte» de lo nuestro o «muerte y vida». Viejas que recostadas en la siesta entre el naranjo y el surtidor aún entonan en reposo nuestro cante...

La bodega, el chinero o la alacena y la chimenea. Cruces de Mayo; trillas, y un susurro que sin avergonzarse muere en la esquina del patio...

Es el sur, es la Sierra. Rúbricas de arroyos con celofán de estrellas y el aire cálido que se lleva los suspiros...

Tocad el fandango inacabado y veréis que el tacto se os incendia...; Ponédlo en la guitarra y el alma se os desgarrará...; cantádlo y un azúcar líquida y fresca saldrá de la garganta...

Allí están las aromas ensombreadas por las encinas. Los jinetes del crepúsculo. La noche y el sol trepando por la aurora. Mi surtidor solitario se ha ido desangrando con limón y miel, con la blancura secular de la cal...

¡Ay, la cal y la luna...!

La luna me llama y me retiene en mi frente...; lunerías de tomillos...; juegos de espadas y cruces donde el grito de la Sierra arde y tiembla como un beso sin morada...

Es el Sur...; poema inacabado. Golondrinas sin capiteles amurallan las sienes de los púrpuros pozos de carbones... Otra vez muere y vive o vive para morir en una pronta resurrección. Tambor, gaita, panderetas, sonantas, crócalos, unid vuestros sonos al magistral coro de la Naturaleza, para rezar eternamente porque nuestras tradiciones jamás se pierdan.

Ser andaluz es algo muy serio e importante, pero haber nacido en la Sierra de Huelva, es un irreconocible privilegio que sólo se goza amando a nuestra tierra.

ESTA SERRANIA MIA

(A todos los que ha hecho posible estas
IV Jornadas de Patrimonio de la Sierra de Huelva)

*Esta serranía mía
tesoro oculto en las arcas,
se sienta en sillas de enea.
Bebe de las tinajas
con un puchero de barro
versos de viñas calladas
que en lunerías de jaspe
de aljibes y albahacas
escribió un poeta moro
dueño de la madrugada...*

*Esta serranía mía
lleva un traje de cal blanca.
Unos zapatos de piedra,
collares de lunas altas;
zarcillos de bronce ronco
y un compás que se desangra
recordando viejos tonos
de las fuentes solitarias.*

*Esta serranía mía
lleva una cruz por mortaja...;
un llanto de encajes rotos.
Una novia en triste jaca
y el romance bandolero
que negras trenzas peinaba
con alfanjes pintureros
entre el pinar y la escarcha.*

*Esta serranía mía,
tiembla cuando le hablan
de Cristos por los caminos
con Vírgenes trasnochadas
de velones encendíos
entre rezos y medallas.*

*La serranía no es eso.
¡hay mucho más en su alma...!*

*No son toros en los ruedos,
ni lunares en la falda;
ni un jerez en la mano,
ni un sombrero de ala ancha...;*

*¡Nada de tópicos serranos,
que los tópicos amortajan!.*

*Esta serranía es
el viejo bar de una plaza
con el techo de alfajías
y de Roma las miradas...
Es el olor del jazmín
cuando la historia embriaga
con surtidores dormidos
en los patios de la Arabia,
la razón del existir de
un «ser», sin llantos ni máculas..*

*Esta serranía mía
con orfebres con sus fráguas
está forjando la copla
de una luz empavonada,
luz que entre dos soles
—de los pies a la garganta—
lleva un «quejío» ausente,
de banderas verdiblancas.*

*Esta serranía mía,
lleva un traje de cal blanca,
un piropo y una cruz
hecha de alfileres granas.*